10915

TRASPLANTAR UNA FLOR,

COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

DON JOSÉ SORIANO DE CASTRO.

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1869.

9

TRASPLANTAR UNA FLOR,

COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

DON JOSÉ SORIANO DE CASTRO.

Representada por primera vez con extraordinario aplauso en el Teatro Español el 30 de Noviembre de 1869.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.	ACTORES.
CONCHA.....	Doña Elisa Boldun.
MANUELA.....	Doña Dolores Martinez.
PEPE.....	D. Manuel Catalina.
RAFAEL..	D. Victorino Tamayo.

Esta obra es propiedad de su autor; y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LOS SEÑORES

DON JUAN DE COUPIGNY

Y

DON ANGEL RODRIGUEZ DE CHAVES.

Qué nombres pudiera yo unir en más agradable consorcio, que los de un maestro queridísimo que nos corrige y alienta, y el de un amigo de corazon que toma parte en nuestro contento ó desventura.

Sobrado tiempo hace que ansiaba manifestar de una manera ostensible mi gratitud y cariño á dos personas cuyos nombres están grabados en el corazon de

José Soriano de Castro.

677005

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/trasplantarunafl533sori

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada. Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

PEPE, RAFAEL. Han concluido de almorzar, y un criado sirve el café.

RAF. Basta. (Al criado.)

PEPE. Pues señor, á fumar.

RAF. Fumemos.—Son de ley?

PEPE. No acepto la responsabilidad que me pueda caber en tan delicado asunto; es un regalo de mi suegra.

RAF. Siempre chancero y zumbon.

PEPE. É injusto para contera; mi suegra es un tesoro; no vive en nuestra compañía.

RAF. Repito que eres el mismo. Escúchame, querido Pepe. Tras una ausencia de cinco años, en los cuales he viajado con igual rapidez en ferrocarril que en emociones, llego hoy á Madrid, y apenas cruzo la Puerta del Sol, tengo la buena suerte de estrecharte en mis brazos; me invitas á alojarme en tu casa, á pesar del nuevo estado á que perteneces; y sin darme lugar á hacerte una sola pregunta sobre tu vida, nos sirven un almuerzo á lo Lúculo, sin que coarte nuestra franqueza y buen humor la presencia de tu esposa. Todo esto me haria

formar una notable opinion de tí, si no la tuviera desde la infancia; pero ya que saboreamos este excelente moka entre las espirales de una aromática breva, refiéreme la historia de ese período en que hemos cruzado solos el mundo por en medio de las mujeres, sacando tú de tus tropezones una herida en el alma, y yo de mis largas jornadas, más lleno de desengaños el juicio, y más pobre de ilusiones el corazon.

PEPE. Agradable me es en extremo tan sabrosa tarea, pues al referir á un amigo de la infancia nuestras venturas y nuestras penas, parece que toman nueva vida y se dibujan en sus ojos. Escucha en buen hora, ya que tal es tu deseo. Tres meses hace, que cansado de correr de devaneo en devaneo, vertiendo con las primeras sonrisas de las mujeres las últimas lágrimas de mi corazon, concebí una idea, en cuya realizacion insistí con loable tenacidad. Pretendia yo encontrar una mujer que me amara con su odio, ó mejor dicho, queria yo odiar á una mujer con amor. Fatigado y molesto por no haber hallado más que corazones apasionados y ardientes, que al primer grito de mi amor empezaban á ensordecer, necesitaba yo hallar un ser, raro aborto de mi imaginacion, que aturdido por el ruido de una bacanal de ruegos, promesas y ardientes palabras, leyera en mis ojos una calma continúa, una ternura reposada, que ni el tiempo ni los escollos de la vida consiguieran romper. En una palabra, yo, ser gastado, buscaba otro ejemplar de mi especie, para producir una eficaz regeneracion, á manera que dos secos pedernales, al chocar entre sí, producen una chispa que luego es fácil conservar. Sí, Rafael, estaba desengañado. El amor y el juego tienen notable semejanza. Pones una moneda, ó pones un sentimiento. La ganancia te enardece, y juegas despues hasta agotar tu bolsillo, ó agotar tu corazon; y gracias si no pasas á jugar sobre tu palabra; esto es, sobre tu conciencia. Al fin encontré lo que tanto deseaba. Leve simpatía causada por trato de amistad, me

hizo apreciar el valor de una mujer que hoy me pertenece. Su génio vivo y su temperamento ardiente contrastan maravillosamente con mi organizacion flemática y glacial de hoy. Ni una frase apasionada se cruzó entre nosotros; mútua conveniencia unió nuestras manos; la idea y el cálculo firmaron nuestros esponsales; y de este modo hemos empezado la gran obra de templar nuestros helados corazones por medio de la reaccion, como esos chicuelos desvalidos que, para calentarse las manos en el rigor del invierno, cogen y aprietan un puñado de nieve, y le arrojan despues. Vivimos sin la ostentacion del placer, pero sin el descaro de la desgracia. Habita con nosotros mi cuñada, alma que rie á todas horas, sencilla y tierna criatura de diez y ocho años, que solo pone cuidado en agradarnos y en embellecer nuestra existencia. Quiera el cielo que esa calma eche hondas raices en su pecho. Hé aqui mi historia. Me casé riñendo para hacer las paces; y hoy en paz con mi cuñada temo que llegue el instante de reñir.

RAF. No calificaré de absurda tu teoría, pero sí de extraña. En parte tienes razon, y aunque no sea más que atendiendo á lo volubles que son las mujeres...

PEPE. Y los hombres, Rafael; y los hombres.

RAF. No los excluyo; pero los coloco en segundo término.

PEPE. La veleidad y la ingratitud son los distintivos de la raza humana. Desde San Pedro...

RAF. San Pedro hubiera sido un gran amante, á no haberle dado el gallo una idea de la mujer.

PEPE. Ruin apreciacion. Todos hacemos lo propio. Para ver nuestros vicios, siempre nos asomamos al corazon de una mujer á fin de que nos sirva de espejo... Por qué no nos miramos nosotros mismos!...

RAF. Chico, tú tendrás mil razones; pero ellas son los seres más inconstantes.

PEPE. En algunas ocasiones no digo...

RAF. Créeme, amigo mio; el corazon de la mujer es una percha en la cual cada uno colgamos una prenda.

PEPE. No te contrarío la opinion. Y en verdad que es raro que yo las defienda ahora, cuando ellas tienen la culpa de que abrigue tan descarnadas convicciones.

RAF. Tambien yo tengo algun motivo para culparlas.

PEPE. Tú?

RAF. Sí; quién no?

PEPE. Alguna aventurilla excepcional...

RAF. Con respecto á las mias, sí; pero muy frecuente y normal en tu repertorio. Yo, al revés que tú, siempre he creido que las sonrisas son salvas que en regocijo hace el corazon, y por eso he corrido detrás de los dientes bonitos cuando nos llaman con descaro. Una mujer grave me produce el efecto de un libro de ciencias incluido en una galería recreativa, y amante afortunado he debido sumos favores al sexo débil. Una vez me llegó, como vulgarmente se dice, mi cuarto de hora y amé á una mujer en Barcelona. Ocurrió á la par la muerte de mi anciano padre en Tarifa y corrí presuroso á recibir su última bendicion. Caí enfermo y permanecí dos meses en Andalucía. Á mi regreso á Barcelona, convaleciente ya, pero no bueno del todo, no encontré á mi amada; mi marcha repentina y mi silencio en aquel corto pero aciago período, sin duda la decidieron á olvidarme.

PEPE. Y no has vuelto á saber de ella?...

RAF. Nunca. Tambien ella como tu esposa tenia una hermana linda y sencilla como un ángel, pero me llamaba libertino y calavera sólo porque mi crónica se habia empeñado en valer más que yo. Nunca dí lugar á sus rudas apreciaciones, y sin embargo, estábamos siempre como el perro y el gato. Ilusiones de un momento! Soñé un porvenir con aquella mujer no teniendo que representar en mi vida más que un papel: el pasado.

PEPE. Tal vez la vuelvas á hallar.

RAF. No abrigo esa esperanza!

PEPE. Desconfiado andas.

RAF. Me lleva mi suerte de la mano.

PEPE. Ha un momento que la encomiabas.

RAF. Daria todos los triunfos conseguidos por lo que me ha hecho perder.

PEPE. Bah, bah? tú exageras.

RAFAEL. Oh! no; la adoraba con frenesí.

PEPE. Acaso tomas la calentura del cerebro por fuego del corazon.

RAFAEL. Hablas así, porque has logrado tu deseo.

PEPE. Tal vez.

RAFAEL. Porque vives tranquilo.

PEPE. No diré que no.

RAF. Ay de tí, si algun dia encontraras á tu esposa demasiado *amable* segun tu vocabulario.

PEPE. Présago horrible de devastadora tormenta! Oh! no hablemos de eso! (Se levantan, y dos criados retiran la mesa con el servicio)

RAF. No temes?...

PEPE. Nada. Confio en mi criterio, que me aplaude; confio en mi corazon, que me grita: adelante! Manuela viene.

RAF. Permíteme entónces aceptar ántes los servicios del aseo que ofrecer los mios á tu esposa.

PEPE. Dispon á placer.

RAF. Cuál es mi habitacion?

PEPE. Cerca la tienes. (Señalando la derecha del actor.)

RAF. Pues, hasta luego.

PEPE. Hasta luego.

ESCENA II.

PEPE, luego MANUELA.

PEPE. Mal efecto me ha producido la exclamacion de Rafael, aunque á decir verdad, son vagos fantasmas que la reflexion desvanece. Sin embargo, debo confesar que no habia yo pensado en eso. Mezquina inteligencia. Por fijarme en una idea he olvidado tantas... Quimeras son no más que forja mi recelo! Manuela es noble y honrada... Oh! pero yo tambien lo soy. Estudiemos su cora-

zon. Los males que se pueden cortar en un principio matan á aquel que los descuida.

MAN. Estabas aquí.

PEPE. Ya lo ves. Perdona, esposa mia, si la casualidad de tener en casa á un amigo de la niñez me ha obligado hoy á almorzar en su compañía y solo.

MAN. Basta que tú lo dispongas...

PEPE. Venia cansado del viaje... ya le conocerás. Se está arreglando.

MAN. Dónde?

PEPE. En ese cuarto.

MAN. Le has destinado...

PEPE. Por qué no? Á quién mejor...

MAN. Y va á permanecer mucho tiempo en casa?

PEPE Hasta que se aloje convenientemente.

MAN. Es que si se prolonga mucho su estancia...

PEPE. No creo que desfalque nuestra gaveta.

MAN. Pero las incomodidades...

PEPE. Criados tienes.

MAN. Que yo dirijo.

PEPE. Si tanto escatimas, me tomaré yo ese cuidado.

MAN. Ah! eres incorregible!

PEPE. Y tú intratable! Ridículo es en verdad ese empeño de llevarme en todo la contra, cuando mis deseos no pueden estar más puestos en razon.

MAN. Eso te parece á tí.

PEPE. Y á todo el mundo. Y ya que la casualidad nos ha colocado frente á frente esta mañana, sin que mi propósito tenga otro fin que entretener el ócio, hablemos un momento sobre esa particularidad.

MAN. Cuál?

PEPE. La de estar siempre con hosco ceño y palabra destemplada prodigándonos desvios. Queremos lo propio y odiamos lo mismo. Nos une la esencia y nos separa la forma. Almas de idénticas aspiraciones parecen las nuestras modeladas distintamente. Á ratos brilla la calma en nuestro hogar, que es garantía del placer y nun-

cio de los bienes, y súbito aparece entre nosotros enojosa rencilla, como en clara tarde del estío estalla de repente furiosa tronada. De qué proviene todo esto? De falta de confianza entre nosotros. Ignoramos mútuamente nuestro pasado; por qué le hemos de ignorar?

MAN. Mi pasado...

PEPE. Tienes por ventura miedo de recordarle?

MAN. Puede oirle la inocencia y juzgarle la virtud.

PEPE. Pues si con tan bien templadas armas lidias no temas ser vencida.

MAN. Es que hay dolores en el corazon á los cuales no se puede levantar la venda que los cubre.

PEPE. Temes que asusten á la vista!

MAN. Temo que se hagan más acerbos con la influencia del aire que los roce!

PEPE. Habla en buen hora.

MAN. Qué injusto eres! Me ultrajas, y sin embargo quieres que hable!

PEPE. Pardiez, que no te entiendo.

MAN. Dudabas de mi corazon y de mi juicio porque en silencio estudiaba tu talento y tu bondad, para llegar á este instante en que conociendo tu inmenso valor cayera loca de contento en tus brazos como en los de amigo cariñoso á quien se confia nuestra existencia.

PEPE. Amigo cariñoso!...

MAN. Bien puedes apreciar esta palabra.

PEPE. (Oh! sí!)

MAN. Te he comprendido al fin. Tú has gozado mucho; mejor dicho, no has gozado. Tu vida ha sido un mosáico de placeres, un tejido de sensaciones; pero el corazon cuando se gasta por un lado tiene más vida en el otro, y has buscado una mujer que odiara tambien el mundo para que te apreciara mejor.

PEPE. Yo estoy soñando.

MAN. Oh! no sueñes! Tras un sueño agradable se despierta á una realidad odiosa.

PEPE. Cómo?

MAN. Yo, que aparezco á tus ojos como un ser sin deseos ni ilusiones, he vivido un tiempo en su regazo, y aun me persigue su recuerdo como queda en el oido el eco del último wals de una mascarada. Dices que en todo te contrarío, que todo lo llevo á punta de lanza... tienes razon: la impetuosidad del corazon se refunde en la viveza del carácter.

PEPE. Has amado?

MAN. Sí.

PEPE. Y amas todavía?...

MAN. Aun.

PEPE. Miserable!

MAN. Já, já! Tendré que bajarte al fin del pedestal en que te habia colocado.

PEPE. Oh!

MAN. Por qué hemos de parecernos á los demas si podemos ser nosotros solamente?

PEPE. Creo que tienes razon.

MAN. Ademas, yo puedo ya responder de mí, y el hombre que hizo palpitar de entusiasmo y locura mi pecho no sé si existe siquiera.

PEPE. (¡Cielos, qué sospecha!) Y su nombre...

MAN. No hace falta pronunciarle. Me juró por él llamarme suya; juntos corrian nuestros nombres en las pláticas del amor; respetémoslos pues. Á todos los divorcios se les echa un velo.

PEPE. Oh! se cumplió la terrible profecía!

MAN. Qué dices?

PEPE. Creí que tú como yo habias pasado valerosamente porcima de todo, y hoy veo que te has detenido en la mitad del camino.

MAN. Al que se encuentra en tal situacion se le tiende la mano.

PEPE. Ojalá pudiera con las dos colocarte á mi derecha. Amaste á ese hombre?...

MAN. Con idolatría.

PEPE. Y él...

MAN. Me olvidó.

PEPE. Infame!

MAN. Te enojas?

PEPE. No tengo razon para ello? Sí. Es un miserable; te hizo á tí desgraciada y á mí infeliz; de ambos es la desventura; á los dos nos toca vencerla.—Dices que ese hombre no existe?

MAN. Así lo creo; no me quiero persuadir de lo contrario.

PEPE. Y sin embargo, aun recuerdas su voz?

MAN. Siempre.

PEPE. Acaso con placer! Oh! haces bien, yo no tengo derecho para estorbarlo. Óyela, óyela á tu gusto.

MAN. Qué dices?

RAF. (Dentro.) Pepe, Pepe!

MAN. Cielos!

PEPE. Qué!... tiemblas?...

RAF. (Saliendo.) Ah!...

MAN. Ah!...

ESCENA III.

DICHOS, RAFAEL.

Rafael y Manuela, confusos, bajan la cabeza. Pepe, en medio, los contempla.

PEPE. (Hay cosas en la vida... (Señalando al corazon y á la cabeza.) Este y esta me lo decian. Los niños y los locos dicen siempre las verdades.)—Te presento á mi querido amigo Rafael Puebla. Es un amigo de la infancia; uno de esos hombres en los cuales ponemos nuestra confianza y nuestro cariño. Espero que le distinguirás como merece, no es cierto? Yo voy adentro un instante. (Están padeciendo tanto como yo. Demos treguas al pesar, y vamos un rato á escuchar nuestra deshonra.)

ESCENA IV.

RAFAEL, MANUELA.

MAN. Yo estoy delirando... usted...

RAF. El mismo.

MAN. Oh! lo creo. No podia yo ser tan feliz, que la muerte borrara su culpa.

RAF. Le pesa á usted que no haya muerto... más me pesa á mí.

MAN. Cómo?

RAF. Vive Dios, que me maravilla tanto aplomo y tanto arte. Nunca creí que hicieran tan cumplida pareja la traicion y el fingimiento.

MAN. Qué es esto? Se truecan nuestros papeles? Quién me obliga á representar el del crímen?

RAF. Quién? Tu conciencia.

MAN. Já, já, já! Donoso humor el tuyo, y á fe que ya le echaba de ménos para mitigar mi quebranto.

RAF. Escúchame, y sea esta la última vez que hablamos del pasado. Á qué describirte mi pasion; tú la has alimentado, y bien sabes cuán robusta y lozana creció un dia. Partí de repente, mi padre agonizaba y debia correr á su lado.

MAN. Qué escucho! y tú...

RAF. Le ví espirar. Dos meses de fiebre me postraron en el lecho; á mi vuelta á Barcelona ni rastro tuyo encontré.

MAN. Dios mio! Y yo creí...—No me olvidaste?...

RAF. Oh! nunca.

MAN. Ah! Dame tu mano y tu perdon. Ligera anduve, pero no culpable.

RAF. Manuela mia!... oh! (Se oye hablar á Concha.)

MAN. Mi hermana.

RAF. (Es un aviso del cielo.)

ESCENA V.

DICHOS, CONCHA.

CONCHA. Ah! perdona... Dios mio! Rafael.

RAF. Concha!

CONCHA. Qué es esto?

MAN. Esto es, que Rafael, que nunca olvida á sus buenos

amigos, ha venido á hacernos una visita.

CONCHA. Más vale tarde que nunca.

RAF. Concha.

CONCHA. Es claro. Ántes es correr por ahí sin rumbo ni atadero, que decir buenos dias á las personas que nos aprecian. Digo si le aprecian á usted.

MAN. Calla, calla, todo eso que dices no tiene sentido comun.

CONCHA. (Ah, qué fastidio. Qué guapo está.) Ahora, al ménos, no vendrá usted á hacer cocos á mi hermana.

MAN. Concha...

CONCHA. El que fué á Sevilla...

MAN. Dios mio, esto es un potro sin rienda.

CONCHA. Y su marido la quiere.

MAN. Basta.

CONCHA. Y ella adora á su marido.

MAN. Digo que basta.

CONCHA. (Toma esa...)

MAN. Estás sobrado impertinente.

RAF. No la riña usted. Nunca hemos hecho buenas migas, y ahora cualquiera le daria razon.

MAN. Rafael!

CONCHA. Y no consentiré que mire usted á mi hermana con esos ojos tan fijos y relucientes; no, señor, no.

RAF. (Qué mujer!)

MAN. Pero y á tí quién te mete?...

CONCHA. Á mí?... yo... lo digo por tí, que es á quien importa quedar á salvo.

MAN. Y quién te ha dicho á tí, bachillera, que necesitaba de tus cuidados ni de tus avisos. Agradece á la presencia de Rafael el no llevar tu merecido.

RAF. Ah! ruego á usted que no haga caso. Es una costumbre en ella tratarme con dureza, desconociendo lo mucho que la quiero, y... lo digo?... lo fea que se pone!

CONCHA. Mejor; si me pongo fea, eso es cuenta mia.

RAF. Y mia no?

CONCHA. Le agrada á usted mi rostro?

RAF. Cuando se sonrie usted.
CONCHA. Eso es otra cosa.
RAF. Cómo?
CONCHA. Si hubiera usted hablado...
RAF. (Qué mudanza!)
CONCHA. Me servirá de escarmiento.
RAF. Mucho lo celebro; pero ese cambio...
CONCHA. Perdone usted, estoy muy deprisa.
MAN. Niña...
CONCHA. Tengo mucho apetito. En el comedor te espero.
MAN. (Qué loquilla!)
RAF. (Cómo ha crecido!)
CONCHA. Quedamos en lo dicho. (Vaya si está guapo.)

ESCENA VI.

RAFAEL, MANUELA.

RAF. No sigue usted á su hermana?
MAN. Voy allá.
RAF. Siento pasos...
MAN. Será Pepe... me voy corriendo. Adios.
RAF. Adios.

ESCENA VII.

RAFAEL, PEPE.

PEPE. Qué de prisa sale mi mujer. Parece que va huyendo.
RAF. Huyendo?
PEPE. De tí.
RAF. Pepe!
PEPE. Sabes mi nombre. Hace un momento que yo preguntaba el tuyo.
RAF. Á quién?
PEPE. Á mi mujer.
RAF. Cómo?

PEPE. Por señas que no me le dijo.

RAF. No entiendo.

PEPE. Me explicaré. Siéntate.

RAF. (Qué es esto?) (Pausa.)

PEPE. Tú amas á Manuela.

RAF. Qué... (Levantándose.)

PEPE. Y ella te ama á tí.

RAF. Dios mio!

PEPE. No te alteres, hombre; el caso no es para tanto. Quién enfrena las simpatías! Siéntate.

RAF. Ah! no tienes corazon y me desgarras el mio.

PEPE. Precisamente.

RAF. Estás loco?

PEPE. Tenia una llaga crónica, y yo la he dilatado hasta verter sangre á fin de aplicarla el cauterio.

RAF. Esa calma...

PEPE. Hombre, hombre, qué poco favor me haces. Crees tú que soy uno de esos maridos, que se encuentran por ahí á millares, que llevan ó la pistola en la mano, ó el cartel en la espalda? Ó es que piensas que las inclinaciones del mal, que son vicios del alma, se curan con la muerte, que es casi un vicio de la materia? No. Yo soy original en todo, y mayormente debo serlo en un caso que me gana en originalidad.

RAF. Habla.

PEPE. Hace un momento condenaba tu conducta, maldecia tu nombre...

RAF. Y ahora...

PEPE. Ahora tengo de tí tanta lástima como tú tendrás acaso de mí.

RAF. Esas palabras...

PEPE. Somos dos hombres atados por los codos pretendiendo marchar en direccion contraria. Si hacemos fuerza nos quedarán las señales; esperemos que una mano caritativa nos desate.

RAF. Y esa mano...

PEPE. Será la de Dios por medio de la idea. Vanos y mezqui-

nos serían todos los propósitos que hiciérais para combatir vuestra inclinacion si no os ayudase yo. Yo os puedo indicar mejor los efectos porque vosotros obrais y yo os juzgo. Os aborrecisteis un momento; es claro, os debiais luego amar con más ardor. No habeis dado lugar á la indiferencia, y ella debe ocupar el sitio de honor.

RAF. Ah! me estás torturando el alma.

PEPE. Ántes me la has torturado tú á mí.

RAF. Y eres tú el que exponia su sistema, el que aseguraba que casarse cuando amaga una borrasca...

PEPE. Es esperar á que venga un temporal constante y apacible.

RAF. Reniego de tus creencias; con ellas nos matamos los dos.

PEPE. En cambio sin ellas te matas tú solo.

RAF. Delirio. Si no hubiera sido por esa aberracion no hubieras dado tu mano á Manuela y todos viviríamos en calma.

PEPE. Si yo no me hubiera unido á ella, se habria casado con otro que no te franquearia su modo de pensar para que tú tambien fueras dichoso.

RAF. Yo casarme; pero qué es lo que estás diciendo?

PEPE. Una cosa muy puesta en razon. Vuestro amor ha muerto.

RAF. Qué dices?

PEPE. Acabas de salir de su funeral.

RAF. Pero...

PEPE. Repito que ha muerto, porque debia morir. No notas en él el frio de los cadáveres? Os amais; pero no podeis amaros, no hay vida en vuestro amor, no hay amor pues.

RAF. Me confundes con tu lenguaje y no acierto á responder. Á veces creo que son sofismas tus argumentos y mentira parece que en una cuestion de honra, en que buscamos la claridad, andemos con tanta digresion y sutileza.

PEPE. Ah! tú ignoras una cosa. En ciertas cuestiones hasta los seres más abyectos de la sociedad se colocan á una gran altura; no ves que hay crímenes que empujan y sentimientos que elevan.

RAF. Acaba de explicarte.

PEPE. Escucha, he notado una cosa. Concha te ama.

RAF. Qué dices?

PEPE. Ese ser cándido y cariñoso se muestra mordaz y atrevido en tu presencia; su candor no sabe traducir al lenguaje usual sus arcanos; pero los ojos no mienten á esa edad. Te odia.

RAF. Es cierto.

PEPE. Luego te ama.

RAF. Crees que Concha...

PEPE. Es la rival de su hermana.

RAF. Entónces...

PEPE. Hé ahí mi sistema. Te odiaba para amarte; has empezado riñendo...

RAF. Oh! Yo no...

PEPE. Y harás con ella las paces, pese á quien pese.

RAF. Piensas...

PEPE. Que así se zanja todo. Tú descubrirás tesoros de ternura en Concha y su amor despertará el tuyo. Te hace falta reclinar la cabeza sobre un corazon vírgen. Manuela y tú llegareis á seros indiferentes. Ahora estais bajo la influencia del momento. Verás como muy en breve no os amais; solamente amareis vuestro amor.

RAF. Pepe.

PEPE. No cabe otra solucion, no puede caber. Qué vas á hacer si no? Vas á faltar á tu honor? Al de una mujer? Á enlodar la frente y el nombre de un hermano de corazon? Imposible. La naturaleza lo repugna, la razon lo condena.

RAF. Dices bien. Dios mio, adónde hemos llegado!...

PEPE. Al terreno de la verdad. Aquí frente á frente estamos representando el cáncer social; pero á la par buscándole remedio. Si álguien nos viera tal vez se riese de

nosotros llamándonos Orates, y sin embargo, hé aquí la realidad de la vida, fria, descarnada, sin el disfraz de las apariencias, sin la vergüenza del remordimiento. Obramos como debemos, porque queremos, no evitar un mal que existe, sino debilitarle para extinguirle.

RAF. Oh! perdona. Sí haré lo que quieras. Tu voz es el evangelio y harto conozco que me quieres cuando me hablas así.

PEPE. Descansa en mis brazos. Cumpliendo con la conciencia dormiremos con la paz del justo.

RAF. Oh! tus palabras me dan valor.

PEPE. Silencio. Concha se acerca y te dejo á solas con ella; yo voy á hablar á mi mujer.

RAF. Pero...

PEPE. La amaste porque era una flor que se abria al fuego de tus miradas... no amarás á Concha, tierno capullo que aun no ha desplegado su cáliz?

RAF. Calla.

PEPE. Resolucion. Aquí está!

ESCENA VIII.

DICHOS, CONCHA.

CONCHA. Hola, los dos juntos.

RAF. (Esto no es vivir!)

PEPE. Te extraña?

CONCHA. No.—Conocias tú al señor?

PEPE. Es uno de mis mejores amigos.

CONCHA. Sí? (Se llamará mi cuñado Benito?)

PEPE. Por cierto que tiene que hablarte.

CONCHA. Á mí? Ya escucho.

PEPE. Os dejo en libertad. Espero que atenderás su pretension, está muy interesado en ella.

CONCHA. De veras. Qué es?...

PEPE. Rafael te lo contará; hasta luego. (Ap. á Rafael.) Si te acomete el mareo, mira arriba. (Señalando al cielo.)

RAF. Confia en mí. (Ap. á Pepe.)

CONCHA. (Qué tendrá que decirme?)
RAF. (Es preciso averiguar si Pepe tiene razon.)

ESCENA IX.

CONCHA, RAFAEL.

CONCHA. Vamos, Rafael, que me tiene usted impaciente. (Cómo le ha crecido el bigote!)
RAF. Sentémonos.
CONCHA. (Qué será?)
RAF. Empezaré por preguntar una cosa. Somos amigos?
CONCHA. Yo creo que sí, al ménos por mi parte.
RAF. Tambien por la mia.
CONCHA. Ay, qué gusto! Pues entónces no hay más que hablar.
RAF. Cómo? (Sonriendo.)
CONCHA. Qué he dicho yo?
RAF. Nada de particular, solamente *ay que gusto.*
CONCHA. Vamos, quiere usted ponerme de veinticinco colores.
RAF. Concha, sabe usted bien el valor de las palabras que ha pronunciado?
CONCHA. Yo lo he dicho sin intencion; se me vino á la boca y zás, la solté. Yo soy muy franca, ántes me era usted insoportable.
RAF. Oh!
CONCHA. Puede usted creerme. Lo mismo era verle que ver al demonio.
RAF. Já, já, y ahora?
CONCHA. Ahora es otra cosa. He pensado...
RAF. Que era usted injusta conmigo.
CONCHA. No; injusta eso no.
RAF. No?
CONCHA. El injusto era usted.
RAF. Hola!
CONCHA. (Ya se me fué otra vez la lengua.) Decia...
RAF. Vamos á ver si acierto su intencion.
CONCHA. Á que no.
RAF. Á que sí.

CONCHA. Qué apostamos!

RAF. Un beso en la mano.

CONCHA. Y si pierdo?

RAF. Perdono la prenda y la pago yo.

CONCHA. Ay Rafael, Rafael! qué fullero se va usted volviendo.

RAF. (Me enamora su gracia.)

CONCHA. (Pues señor, decididamente le sientan bien esas ojeras.) Ya escucho.

RAF. Empiezo. Usted, Conchita... la llamaré Conchita...

CONCHA. Me parece buena idea.

RAF. Sí?

CONCHA. Al grano, al grano.

RAF. Pues decia, que usted me juzgaba en Barcelona con dureza, porque creia que solamente prodigaba mis atenciones á su hermana.

CONCHA. (Ay Dios! voy á pagar prenda!)

RAF. Y tambien porque al ver tributar todos mis obsequios á Manuela, acaso pensaba usted que yo... que yo... la amaba.

CONCHA. Y no era así?

RAF. No.

CONCHA. Gracias á Dios que ha dicho usted una cosa en regla. Voy á buscar á mi hermana.

RAF. Para qué?

CONCHA. Para darla un abrazo.

RAF. (Es un ángel. Tenia Pepe razon.)

CONCHA. (Hoy no hago más que tontunas.) (Reponiéndose.)

RAF. No baje usted los ojos. Déjeme usted leer en ellos.

CONCHA. Son libros acaso?

RAF. Para mí, sí.

CONCHA. Ay Dios mio! buena la hemos hecho!

RAF. Qué?...

CONCHA. Tal vez tendrá usted biblioteca.

RAF. Concha... (Extraña criatura. Á su lado palpita de nuevo mi pecho como en sus mejores dias. Es verdad. En todos los corazones nacen flores como nacen al pie de las tumbas y al borde de los arroyuelos.)

CONCHA. De manera que usted no ama á Manuela?
RAF. Ya lo he dicho.
CONCHA. Pues á quién entónces?
RAF. Acaso es preciso amar?
CONCHA. Yo creo que sí.
RAF. Luego usted tambien...
CONCHA. Ay Dios! qué pregunton. Conteste usted primero.
RAF. Y usted me responderá?
CONCHA. Sí.
RAF. Pues bien, yo... yo... no amo á nadie. (Vacilando.)
CONCHA. Ni yo tampoco. (Decia yo que habia cambiado!...)
RAF. (Qué situacion. Estoy afligiendo á un ángel. Por qué no se podrá tirar la memoria como se tira un traje sucio y roto!) (Pausa.) Llora usted?
CONCHA. No, señor. Es que me pican los ojos.
RAF. Si, ya veo que se ha picado.
CONCHA. Yo...
RAF. Sin motivo alguno.
CONCHA. Muchas gracias. (Le daria de bofetones.)
RAF. Volvemos al enfado antiguo...
CONCHA. Déjeme usted...
RAF. Perdóneme usted, Concha, la he engañado; amo, sí.
CONCHA. Eso es otra cosa.
RAF. Qué dice usted?
CONCHA. Que me alegro. Quién es?...
RAF. Hé ahí el secreto.
CONCHA. No la conozco yo?
RAF. (Es preciso; vida y calma me van en ello.)
CONCHA. No contesta... Comprendo. Alguna coqueta de por ahí, sin corazon...
RAF. Me hace usted un ultraje. No, Concha. El que ama como yo, y ama á una coqueta, pretende lo que el músico que acompaña una tierna melodía con el compás de una galop.
CONCHA. Luego esa mujer...
RAF. Es usted.
CONCHA. Gracias á Dios. , ay, perdon!

RAF. Perdon, de qué? Si para las almas no hay más mundo que el del sentimiento, por qué han de avergonzarse de cumplir su mision? No, Concha. En ese terreno ni hay límites para el hombre ni censuras para la mujer.

CONCHA. Pero hombre de Dios! Por qué ha tardado usted tanto tiempo en decir esta boca es mia? Tengo un gozo, una gana de correr... quisiera estar al lado de mi madre para darla un beso.

RAF. (Hé aquí un reloj de arena. Ella empieza á verter sus ilusiones y yo á depositarlas.)

CONCHA. Y yo que pensaba... ahora puedo confesarlo. Mi repulsion, mi seriedad, todo dimanaba de creer que era usted el amante de Manuela. Si viera usted qué violencia me hacia para no dárselo á entender! Posteriormente, despues de casada con Pepe, doblaba yo para con él mis atenciones porque me inspiraba lástima la idea de que no le perteneciera por completo el cariño de su esposa. Ah! gracias á Dios que puedo respirar sin ver en torno mio sospechas y remordimientos.

RAF. (Esto, esto me iba haciendo falta por momentos!)

ESCENA X.

DICHOS, PEPE, MANUELA.

CONCHA. Ah! Pepe, hermana mia.

PEPE. Pláceme mucho tu contento. (Ap. á Rafael.) He enterado de todo á mi mujer; tiene talento, es honrada y quiere seguir siéndolo.

CONCHA. No sabeis lo que pasa?

PEPE. Qué?

CONCHA. Que Rafael me ama y se va á casar conmigo.

PEPE. Bravísimo, me parece muy buena idea. (Á Manuela.) Y á tí?

MAN. Á mí... lo mismo.

CONCHA. Perdonadme vosotros lo mal pensada que he sido.

MAN. Tú?

CONCHA. Sí. Creí que Rafael habia sido tu amante.

MAN. Y él te ha asegurado...

CONCHA. Que no hay tal cosa.

MAN. Así es.

CONCHA. Y como dice el refran, que donde hubo fuego cenizas quedaron, ya veia yo á Rafael á tus piés implorando clemencia, á tí otorgándosela, y á mi pobre cuñado arrancándose el bigote... Mira, de buena gana me arrancaria yo las trenzas ahora al ver cómo he tocado el violon.

PEPE. Qué locura. Amar á una mujer casada. Eso no puede ser.

CONCHA. Claro que no, pero la verdad, como yo le queria, los dedos se me hacian huéspedes; al verle sentia un cosquilleo en el corazon, como si una mariposa le rozara con sus alas, pero al ver que no se quemaba en el fuego que sentia dentro me convencia de mi error.

MAN. (Ah! cuanto le ama.)

PEPE. He acertado? (Á Rafael.)

CONCHA. Ántes no me gustaba su carácter y ahora es tan igualito al mio.

MAN. Qué mudanza.

CONCHA. Es extraño?

MAN. No. El corazon de una niña es una nube que toma el color del sol de sus amores.

RAF. (Á Manuela.) No habia otro remedio.

MAN. (Á Rafael.) Tiene usted razon y ha obrado bien.

PEPE. Perfectamente; os casareis.

CONCHA. Oh!

PEPE. Ireis á vivir á Andalucía, segun quiere Rafael.

RAF. Yo...

PEPE. No me has anunciado eso? Allí radican mis bienes, me dijiste.

RAF. Sí tal.

CONCHA. Andalucía! La tierra de las flores.

PEPE. Nosotros nos marchamos hoy.

CONCHA. Cómo?

PEPE. Sí. Tu hermana necesita los baños de mar. Tú te irás con tu madre mientras se arreglan los papeles y demas requisitos, y nosotros volveremos el dia de vuestra boda.

RAF. Ah! muy bien.

CONCHA. Pues corra usted, corra usted á gestionar. (Á Rafael.)

PEPE. No hay que apresurarse.

CONCHA. Cómo que no? Ya se conoce que no pides para tu ermita.

PEPE. (Á Rafael.) Ves mi sistema? Llévatela pronto, que ya se va enfadando conmigo. (Ap. á Manuela.) Lloras?

MAN. De gratitud.

PEPE. Ah! Lo temia.

MAN. Qué?...

PEPE. Las buenas obras no deben inspirar más que eso.

MAN. Injusto; no ves que tambien sonrio.

PEPE. Y qué?

MAN. Las lágrimas son el lenguaje de la gratitud; las sonrisas la expresion del amor.

PEPE. Me amas pues?

MAN. Cómo te lo he de decir?

PEPE. Oh! gracias, Dios mio. Sólo te pido una merced más. Haz que arraiguen en nuestro pecho las tiernas y jugosas plantas que en él hemos depositado para que ricas de savia y pródigas de fruto nos hagan sombra y den alimento... que es empresa de sumo cuidado y éxito dudoso... el trasplantar bien una flor!...

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Obana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Jas Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.

10904

Trasplantar una flor

Comedia en un acto

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 3.º — Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 7 á 9)

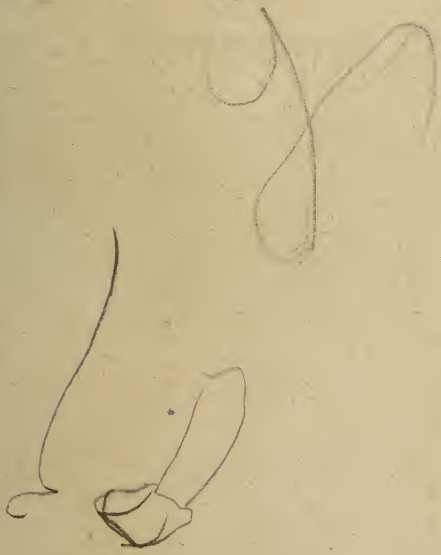
ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

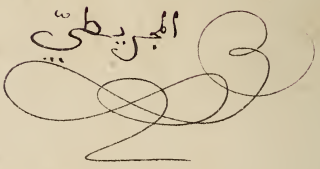
calle de Preciados, número 23

—

MADRID



TRASPLANTAR UNA FLOR.


المجريطي

TRASPLANTAR UNA FLOR,

COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

DON JOSÉ SORIANO DE CASTRO.

Representada por primera vez con extraordinario aplauso en el Teatro Español el 30 de Noviembre de 1869.

Al Sr. D. Rodrigo Amador
Rico de buen amigo
Pezuela.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.	ACTORES.
CONCHA.....	Doña Elisa Boldun.
MANUELA.....	Doña Dolores Martinez.
PEPE.....	D. Manuel Catalina.
RAFAEL..	D. Victorino Tamayo.

Esta obra es propiedad de su autor; y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. *Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LOS SEÑORES

DON JUAN DE COUPIGNY

Y

DON ANGEL RODRIGUEZ DE CHAVES.

Qué nombres pudiera yo unir en más agradable consorcio, que los de un maestro queridísimo que nos corrige y alienta, y el de un amigo de corazon que toma parte en nuestro contento ó desventura.

Sobrado tiempo hace que ansiaba manifestar de una manera ostensible mi gratitud y cariño á dos personas cuyos nombres están grabados en el corazon de

José Soriano de Castro.

677006

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada. Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

PEPE, RAFAEL. Han concluido de almorzar, y un criado sirve el café.

RAF. Basta. (Al criado.)

PEPE. Pues señor, á fumar.

RAF. Fumemos.—Son de ley?

PEPE. No acepto la responsabilidad que me pueda caber en tan delicado asunto; es un regalo de mi suegra.

RAF. Siempre chancero y zumbon.

PEPE. É injusto para contera; mi suegra es un tesoro; no vive en nuestra compañía.

RAF. Repito que eres el mismo. Escúchame, querido Pepe. Tras una ausencia de cinco años, en los cuales he viajado con igual rapidez en ferrocarril que en emociones, llego hoy á Madrid, y apenas cruzo la Puerta del Sol, tengo la buena suerte de estrecharte en mis brazos; me invitas á alojarme en tu casa, á pesar del nuevo estado á que perteneces; y sin darme lugar á hacerte una sola pregunta sobre tu vida, nos sirven un almuerzo á lo Lúculo, sin que coarte nuestra franqueza y buen humor la presencia de tu esposa. Todo esto me haria

formar una notable opinion de tí, si no la tuviera desde la infancia; pero ya que saboreamos este excelente moka entre las espirales de una aromática breva, refiéreme la historia de ese período en que hemos cruzado solos el mundo por en medio de las mujeres, sacando tú de tus tropezones una herida en el alma, y yo de mis largas jornadas, más lleno de desengaños el juicio, y más pobre de ilusiones el corazon.

PEPE. Agradable me es en extremo tan sabrosa tarea, pues al referir á un amigo de la infancia nuestras venturas y nuestras penas, parece que toman nueva vida y se dibujan en sus ojos. Escucha en buen hora, ya que tal es tu deseo. Tres meses hace, que cansado de correr de devaneo en devaneo, vertiendo con las primeras sonrisas de las mujeres las últimas lágrimas de mi corazon, concebí una idea, en cuya realizacion insistí con loable tenacidad. Pretendia yo encontrar una mujer que me amara con su odio, ó mejor dicho, queria yo odiar á una mujer con amor. Fatigado y molesto por no haber hallado más que corazones apasionados y ardientes, que al primer grito de mi amor empezaban á ensordecer, necesitaba yo hallar un ser, raro aborto de mi imaginacion, que aturdido por el ruido de una bacanal de ruegos, promesas y ardientes palabras, leyera en mis ojos una calma continúa, una ternura reposada, que ni el tiempo ni los escollos de la vida consiguieran romper. En una palabra, yo, ser gastado, buscaba otro ejemplar de mi especie, para producir una eficaz regeneracion, á manera que dos secos pedernales, al chocar entre sí, producen una chispa que luego es fácil conservar. Sí, Rafael, estaba desengañado. El amor y el juego tienen notable semejanza. Pones una moneda, ó pones un sentimiento. La ganancia te enardece, y juegas despues hasta agotar tu bolsillo, ó agotar tu corazon; y gracias si no pasas á jugar sobre tu palabra; esto es, sobre tu conciencia. Al fin encontré lo que tanto deseaba. Leve simpatía causada por trato de amistad, me

hizo apreciar el valor de una mujer que hoy me pertenece. Su génio vivo y su temperamento ardiente contrastan maravillosamente con mi organizacion flemática y glacial de hoy. Ni una frase apasionada se cruzó entre nosotros; mútua conveniencia unió nuestras manos; la idea y el cálculo firmaron nuestros esponsales; y de este modo hemos empezado la gran obra de templar nuestros helados corazones por medio de la reaccion, como esos chicuelos desvalidos que, para calentarse las manos en el rigor del invierno, cogen y aprietan un puñado de nieve, y le arrojan despues. Vivimos sin la ostentacion del placer, pero sin el descaro de la desgracia. Habita con nosotros mi cuñada, alma que rie á todas horas, sencilla y tierna criatura de diez y ocho años, que solo pone cuidado en agradarnos y en embellecer nuestra existencia. Quiera el cielo que esa calma eche hondas raices en su pecho. Hé aqui mi historia. Me casé riñendo para hacer las paces; y hoy en paz con mi cuñada temo que llegue el instante de reñir.

RAF. No calificaré de absurda tu teoría, pero sí de extraña. En parte tienes razon, y aunque no sea más que atendiendo á lo volubles que son las mujeres...

PEPE. Y los hombres, Rafael; y los hombres.

RAF. No los excluyo; pero los coloco en segundo término.

PEPE. La veleidad y la ingratitud son los distintivos de la raza humana. Desde San Pedro...

RAF. San Pedro hubiera sido un gran amante, á no haberle dado el gallo una idea de la mujer.

PEPE. Ruin apreciacion. Todos hacemos lo propio. Para ver nuestros vicios, siempre nos asomamos al corazon de una mujer á fin de que nos sirva de espejo... Por qué no nos miramos nosotros mismos!...

RAF. Chico, tú tendrás mil razones; pero ellas son los seres más inconstantes.

PEPE. En algunas ocasiones no digo...

RAF. Créeme, amigo mio; el corazon de la mujer es una percha en la cual cada uno colgamos una prenda.

PEPE. No te contrarío la opinion. Y en verdad que es raro que yo las defienda ahora, cuando ellas tienen la culpa de que abrigue tan descarnadas convicciones.

RAF. Tambien yo tengo algun motivo para culparlas.

PEPE. Tú?

RAF. Sí; quién no?

PEPE. Alguna aventurilla excepcional...

RAF. Con respecto á las mias, sí; pero muy frecuente y normal en tu repertorio. Yo, al revés que tú, siempre he creido que las sonrisas son salvas que en regocijo hace el corazon, y por eso he corrido detrás de los dientes bonitos cuando nos llaman con descaro. Una mujer grave me produce el efecto de un libro de ciencias incluido en una galería recreativa, y amante afortunado he debido sumos favores al sexo débil. Una vez me llegó, como vulgarmente se dice, mi cuarto de hora y amé á una mujer en Barcelona. Ocurrió á la par la muerte de mi anciano padre en Tarifa y corrí presuroso á recibir su última bendicion. Caí enfermo y permanecí dos meses en Andalucía. Á mi regreso á Barcelona, convaleciente ya, pero no bueno del todo, no encontré á mi amada; mi marcha repentina y mi silencio en aquel corto pero aciago período, sin duda la decidieron á olvidarme.

PEPE. Y no has vuelto á saber de ella?...

RAF. Nunca. Tambien ella como tu esposa tenia una hermana linda y sencilla como un ángel, pero me llamaba libertino y calavera sólo porque mi crónica se habia empeñado en valer más que yo. Nunca dí lugar á sus rudas apreciaciones, y sin embargo, estábamos siempre como el perro y el gato. Ilusiones de un momento! Soñé un porvenir con aquella mujer no teniendo que representar en mi vida más que un papel: el pasado.

PEPE. Tal vez la vuelvas á hallar.

RAF. No abrigo esa esperanza!

PEPE. Desconfiado andas.

RAF. Me lleva mi suerte de la mano.

PEPE. Ha un momento que la encomiabas.

RAF. Daria todos los triunfos conseguidos por lo que me ha hecho perder.

PEPE. Bah, bah? tú exageras.

RAFAEL. Oh! no; la adoraba con frenesí.

PEPE. Acaso tomas la calentura del cerebro por fuego del corazon.

RAFAEL. Hablas así, porque has logrado tu deseo.

PEPE. Tal vez.

RAFAEL. Porque vives tranquilo.

PEPE. No diré que no.

RAF. Ay de tí, si algun dia encontraras á tu esposa demasiado *amable* segun tu vocabulario.

PEPE. Présago horrible de devastadora tormenta! Oh! no hablemos de eso! (Se levantan, y dos criados retiran la mesa con el servicio.)

RAF. No temes?...

PEPE. Nada. Confio en mi criterio, que me aplaude; confio en mi corazon, que me grita: adelante! Manuela viene.

RAF. Permíteme entónces aceptar ántes los servicios del aseo que ofrecer los mios á tu esposa.

PEPE. Dispon á placer.

RAF. Cuál es mi habitacion?

PEPE. Cerca la tienes. (Señalando la derecha del actor.)

RAF. Pues, hasta luego.

PEPE. Hasta luego.

ESCENA II.

PEPE, luego MANUELA.

PEPE. Mal efecto me ha producido la exclamacion de Rafael, aunque á decir verdad, son vagos fantasmas que la reflexion desvanece. Sin embargo, debo confesar que no habia yo pensado en eso. Mezquina inteligencia. Por fijarme en una idea he olvidado tantas... Quimeras son no más que forja mi recelo! Manuela es noble y honrada... Oh! pero yo tambien lo soy. Estudiemos su cora-

zon. Los males que se pueden cortar en un principio matan á aquel que los descuida.

MAN. Estabas aquí.

PEPE. Ya lo ves. Perdona, esposa mia, si la casualidad de tener en casa á un amigo de la niñez me ha obligado hoy á almorzar en su compañía y solo.

MAN. Basta que tú lo dispongas...

PEPE. Venia cansado del viaje... ya le conocerás. Se está arreglando.

MAN. Dónde?

PEPE. En ese cuarto.

MAN. Le has destinado...

PEPE. Por qué no? Á quién mejor...

MAN. Y va á permanecer mucho tiempo en casa?

PEPE Hasta que se aloje convenientemente.

MAN. Es que si se prolonga mucho su estancia...

PEPE. No creo que desfalque nuestra gaveta.

MAN. Pero las incomodidades...

PEPE. Criados tienes.

MAN. Que yo dirijo.

PEPE. Si tanto escatimas, me tomaré yo ese cuidado.

MAN. Ah! eres incorregible!

PEPE. Y tú intratable! Ridículo es en verdad ese empeño de llevarme en todo la contra, cuando mis deseos no pueden estar más puestos en razon.

MAN. Eso te parece á tí.

PEPE. Y á todo el mundo. Y ya que la casualidad nos ha colocado frente á frente esta mañana, sin que mi propósito tenga otro fin que entretener el ócio, hablemos un momento sobre esa particularidad.

MAN. Cuál?

PEPE. La de estar siempre con hosco ceño y palabra destemplada prodigándonos desvios. Queremos lo propio y odiamos lo mismo. Nos une la esencia y nos separa la forma. Almas de idénticas aspiraciones parecen las nuestras modeladas distintamente. Á ratos brilla la calma en nuestro hogar, que es garantía del placer y nun-

cio de los bienes, y súbito aparece entre nosotros enojosa rencilla, como en clara tarde del estío estalla de repente furiosa tronada. De qué proviene todo esto? De falta de confianza entre nosotros. Ignoramos mútuamente nuestro pasado; por qué le hemos de ignorar?

MAN. Mi pasado...

PEPE. Tienes por ventura miedo de recordarle?

MAN. Puede oirle la inocencia y juzgarle la virtud.

PEPE. Pues si con tan bien templadas armas lidias no temas ser vencida.

MAN. Es que hay dolores en el corazon á los cuales no se puede levantar la venda que los cubre.

PEPE. Temes que asusten á la vista!

MAN. Temo que se hagan más acerbos con la influencia del aire que los roce!

PEPE. Habla en buen hora.

MAN. Qué injusto eres! Me ultrajas, y sin embargo quieres que hable!

PEPE. Pardiez, que no te entiendo.

MAN. Dudabas de mi corazon y de mi juicio porque en silencio estudiaba tu talento y tu bondad, para llegar á este instante en que conociendo tu inmenso valor cayera loca de contento en tus brazos como en los de amigo cariñoso á quien se confia nuestra existencia.

PEPE. Amigo cariñoso!...

MAN. Bien puedes apreciar esta palabra.

PEPE. (Oh! sí!)

MAN. Te he comprendido al fin. Tú has gozado mucho; mejor dicho, no has gozado. Tu vida ha sido un mosáico de placeres, un tejido de sensaciones; pero el corazon cuando se gasta por un lado tiene más vida en el otro, y has buscado una mujer que odiara tambien el mundo para que te apreciara mejor.

PEPE. Yo estoy soñando.

MAN. Oh! no sueñes! Tras un sueño agradable se despierta á una realidad odiosa.

PEPE. Cómo?

MAN. Yo, que aparezco á tus ojos como un ser sin deseos ni ilusiones, he vivido un tiempo en su regazo, y aun me persigue su recuerdo como queda en el oido el eco del último wals de una mascarada. Dices que en todo te contrarío, que todo lo llevo á punta de lanza... tienes razon: la impetuosidad del corazon se refunde en la viveza del carácter.

PEPE. Has amado?

MAN. Sí.

PEPE. Y amas todavía?...

MAN. Aun.

PEPE. Miserable!

MAN. Já, já! Tendré que bajarte al fin del pedestal en que te habia colocado.

PEPE. Oh!

MAN. Por qué hemos de parecernos á los demas si podemos ser nosotros solamente?

PEPE. Creo que tienes razon.

MAN. Ademas, yo puedo ya responder de mí, y el hombre que hizo palpitar de entusiasmo y locura mi pecho no sé si existe siquiera.

PEPE. (¡Cielos, qué sospecha!) Y su nombre...

MAN. No hace falta pronunciarle. Me juró por él llamarme suya; juntos corrian nuestros nombres en las pláticas del amor; respetémoslos pues. Á todos los divorcios se les echa un velo.

PEPE. Oh! se cumplió la terrible profecía!

MAN. Qué dices?

PEPE. Creí que tú como yo habias pasado valerosamente porcima de todo, y hoy veo que te has detenido en la mitad del camino.

MAN. Al que se encuentra en tal situacion se le tiende la mano.

PEPE. Ojalá pudiera con las dos colocarte á mi derecha. Amaste á ese hombre?...

MAN. Con idolatría.

PEPE. Y él...

MAN. Me olvidó.

PEPE. Infame!

MAN. Te enojas?

PEPE. No tengo razon para ello? Sí. Es un miserable; te hizo á tí desgraciada y á mí infeliz; de ambos es la desventura; á los dos nos toca vencerla.—Dices que ese hombre no existe?

MAN. Así lo creo; no me quiero persuadir de lo contrario.

PEPE. Y sin embargo, aun recuerdas su voz?

MAN. Siempre.

PEPE. Acaso con placer! Oh! haces bien, yo no tengo derecho para estorbarlo. Óyela, óyela á tu gusto.

MAN. Qué dices?

RAF. (Dentro.) Pepe, Pepe!

MAN. Cielos!

PEPE. Qué!... tiemblas?...

RAF. (Saliendo.) Ah!...

MAN. Ah!...

ESCENA III.

DICHOS, RAFAEL.

Rafael y Manuela, confusos, bajan la cabeza. Pepe, en medio, los contempla.

PEPE. (Hay cosas en la vida... (Señalando al corazon y á la cabeza.) Este y esta me lo decian. Los niños y los locos dicen siempre las verdades.)—Te presento á mi querido amigo Rafael Puebla. Es un amigo de la infancia; uno de esos hombres en los cuales ponemos nuestra confianza y nuestro cariño. Espero que le distinguirás como merece, no es cierto? Yo voy adentro un instante. (Están padeciendo tanto como yo. Demos treguas al pesar, y vamos un rato á escuchar nuestra deshonra.)

ESCENA IV.

RAFAEL, MANUELA.

MAN. Yo estoy delirando... usted...

RAF. El mismo.

MAN. Oh! lo creo. No podia yo ser tan feliz, que la muerte borrara su culpa.

RAF. Le pesa á usted que no haya muerto... más me pesa á mí.

MAN. Cómo?

RAF. Vive Dios, que me maravilla tanto aplomo y tanto arte. Nunca creí que hicieran tan cumplida pareja la traicion y el fingimiento.

MAN. Qué es esto? Se truecan nuestros papeles? Quién me obliga á representar el del crímen?

RAF. Quién? Tu conciencia.

MAN. Já, já, já! Donoso humor el tuyo, y á fe que ya le echaba de ménos para mitigar mi quebranto.

RAF. Escúchame, y sea esta la última vez que hablamos del pasado. Á qué describirte mi pasion; tú la has alimentado, y bien sabes cuán robusta y lozana creció un dia. Partí de repente, mi padre agonizaba y debia correr á su lado.

MAN. Qué escucho! y tú...

RAF. Le ví espirar. Dos meses de fiebre me postraron en el lecho; á mi vuelta á Barcelona ni rastro tuyo encontré.

MAN. Dios mio! Y yo creí...—No me olvidaste?...

RAF. Oh! nunca.

MAN. Ah! Dame tu mano y tu perdon. Ligera anduve, pero no culpable.

RAF. Manuela mia!... oh! (Se oye hablar á Concha.)

MAN. Mi hermana.

RAF. (Es un aviso del cielo.)

ESCENA V.

DICHOS, CONCHA.

CONCHA. Ah! perdona... Dios mio! Rafael.

RAF. Concha!

CONCHA. Qué es esto?

MAN. Esto es, que Rafael, que nunca olvida á sus buenos

amigos, ha venido á hacernos una visita.

CONCHA. Más vale tarde que nunca.

RAF. Concha.

CONCHA. Es claro. Ántes es correr por ahí sin rumbo ni atadero, que decir buenos dias á las personas que nos aprecian. Digo si le aprecian á usted.

MAN. Calla, calla, todo eso que dices no tiene sentido comun.

CONCHA. (Ah, qué fastidio. Qué guapo está.) Ahora, al ménos, no vendrá usted á hacer cocos á mi hermana.

MAN. Concha...

CONCHA. El que fué á Sevilla...

MAN. Dios mio, esto es un potro sin rienda.

CONCHA. Y su marido la quiere.

MAN. Basta.

CONCHA. Y ella adora á su marido.

MAN. Digo que basta.

CONCHA. (Toma esa...)

MAN. Estás sobrado impertinente.

RAF. No la riña usted. Nunca hemos hecho buenas migas, y ahora cualquiera le daria razon.

MAN. Rafael!

CONCHA. Y no consentiré que mire usted á mi hermana con esos ojos tan fijos y relucientes; no, señor, no.

RAF. (Qué mujer!)

MAN. Pero y á tí quién te mete?...

CONCHA. Á mí?... yo... lo digo por tí, que es á quien importa quedar á salvo.

MAN. Y quién te ha dicho á tí, bachillera, que necesitaba de tus cuidados ni de tus avisos. Agradece á la presencia de Rafael el no llevar tu merecido.

RAF. Ah! ruego á usted que no haga caso. Es una costumbre en ella tratarme con dureza, desconociendo lo mucho que la quiero, y... lo digo?... lo fea que se pone!

CONCHA. Mejor; si me pongo fea, eso es cuenta mia.

RAF. Y mia no?

CONCHA. Le agrada á usted mi rostro?

RAF. Cuando se sonrie usted.
CONCHA. Eso es otra cosa.
RAF. Cómo?
CONCHA. Si hubiera usted hablado...
RAF. (Qué mudanza!)
CONCHA. Me servirá de escarmiento.
RAF. Mucho lo celebro; pero ese cambio...
CONCHA. Perdone usted, estoy muy deprisa.
MAN. Niña...
CONCHA. Tengo mucho apetito. En el comedor te espero.
MAN. (Qué loquilla!)
RAF. (Cómo ha crecido!)
CONCHA. Quedàmos en lo dicho. (Vaya si está guapo.)

ESCENA VI.

RAFAEL, MANUELA.

RAF. No sigue usted á su hermana?
MAN. Voy allá.
RAF. Siento pasos...
MAN. Será Pepe... me voy corriendo. Adios.
RAF. Adios.

ESCENA VII.

RAFAEL, PEPE.

PEPE. Qué de prisa sale mi mujer. Parece que va huyendo.
RAF. Huyendo?
PEPE. De tí.
RAF. Pepe!
PEPE. Sabes mi nombre. Hace un momento que yo preguntaba el tuyo.
RAF. Á quién?
PEPE. Á mi mujer.
RAF. Cómo?

PEPE. Por señas que no me le dijo.

RAF. No entiendo.

PEPE. Me explicaré. Siéntate.

RAF. (Qué es esto?) (Pausa.)

PEPE. Tú amas á Manuela.

RAF. Qué... (Levantándose.)

PEPE. Y ella te ama á tí.

RAF. Dios mio!

PEPE. No te alteres, hombre; el caso no es para tanto. Quién enfrena las simpatías! Siéntate.

RAF. Ah! no tienes corazon y me desgarras el mio.

PEPE. Precisamente.

RAF. Estás loco?

PEPE. Tenia una llaga crónica, y yo la he dilatado hasta verter sangre á fin de aplicarla el cauterio.

RAF. Esa calma...

PEPE. Hombre, hombre, qué poco favor me haces. Crees tú que soy uno de esos maridos, que se encuentran por ahí á millares, que llevan ó la pistola en la mano, ó el cartel en la espalda? Ó es que piensas que las inclinaciones del mal, que son vicios del alma, se curan con la muerte, que es casi un vicio de la materia? No. Yo soy original en todo, y mayormente debo serlo en un caso que me gana en originalidad.

RAF. Habla.

PEPE. Hace un momento condenaba tu conducta, maldecia tu nombre...

RAF. Y ahora...

PEPE. Ahora tengo de tí tanta lástima como tú tendrás acaso de mí.

RAF. Esas palabras...

PEPE. Somos dos hombres atados por los codos pretendiendo marchar en direccion contraria. Si hacemos fuerza nos quedarán las señales; esperemos que una mano caritativa nos desate.

RAF. Y esa mano...

PEPE. Será la de Dios por medio de la idea. Vanos y mezqui-

nos serian todos los propósitos que hiciérais para combatir vuestra inclinacion si no os ayudase yo. Yo os puedo indicar mejor los efectos porque vosotros obrais y yo os juzgo. Os aborrecisteis un momento; es claro, os debiais luego amar con más ardor. No habeis dado lugar á la indiferencia, y ella debe ocupar el sitio de honor.

RAF. Ah! me estás torturando el alma.

PEPE. Ántes me la has torturado tú á mí.

RAF. Y eres tú el que exponía su sistema, el que aseguraba que casarse cuando amaga una borrasca...

PEPE. Es esperar á que venga un temporal constante y apacible.

RAF. Reniego de tus creencias; con ellas nos matamos los dos.

PEPE. En cambio sin ellas te matas tú solo.

RAF. Delirio. Si no hubiera sido por esa aberracion no hubieras dado tu mano á Manuela y todos viviríamos en calma.

PEPE. Si yo no me hubiera unido á ella, se habria casado con otro que no te franquearia su modo de pensar para que tú tambien fueras dichoso.

RAF. Yo casarme; pero qué es lo que estás diciendo?

PEPE. Una cosa muy puesta en razon. Vuestro amor ha muerto.

RAF. Qué dices?

PEPE. Acabas de salir de su funeral.

RAF. Pero...

PEPE. Repito que ha muerto, porque debia morir. No notas en él el frio de los cadáveres? Os amais; pero no podeis amaros, no hay vida en vuestro amor, no hay amor pues.

RAF. Me confundes con tu lenguaje y no acierto á responder. Á veces creo que son sofismas tus argumentos y mentira parece que en una cuestion de honra, en que buscamos la claridad, andemos con tanta digresion y sutileza.

PEPE. Ah! tú ignoras una cosa. En ciertas cuestiones hasta los seres más abyectos de la sociedad se colocan á una gran altura; no ves que hay crímenes que empujan y sentimientos que elevan.

RAF. Acaba de explicarte.

PEPE. Escucha, he notado una cosa. Concha te ama.

RAF. Qué dices?

PEPE. Ese ser cándido y cariñoso se muestra mordaz y atrevido en tu presencia; su candor no sabe traducir al lenguaje usual sus arcanos; pero los ojos no mienten á esa edad. Te odia.

RAF. Es cierto.

PEPE. Luego te ama.

RAF. Crees que Concha...

PEPE. Es la rival de su hermana.

RAF. Entónces...

PEPE. Hé ahí mi sistema. Te odiaba para amarte; has empezado riñendo...

RAF. Oh! Yo no...

PEPE. Y harás con ella las paces, pese á quien pese.

RAF. Piensas...

PEPE. Que así se zanja todo. Tú descubrirás tesoros de ternura en Concha y su amor despertará el tuyo. Te hace falta reclinar la cabeza sobre un corazon vírgen. Manuela y tú llegareis á seros indiferentes. Ahora estais bajo la influencia del momento. Verás como muy en breve no os amais; solamente amareis vuestro amor.

RAF. Pepe.

PEPE. No cabe otra solucion, no puede caber. Qué vas á hacer si no? Vas á faltar á tu honor? Al de una mujer? Á enlodar la frente y el nombre de un hermano de corazon? Imposible. La naturaleza lo repugna, la razon lo condena.

RAF. Dices bien. Dios mio, adónde hemos llegado!...

PEPE. Al terreno de la verdad. Aquí frente á frente estamos representando el cáncer social; pero á la par buscándole remedio. Si álguien nos viera tal vez se rieso

nosotros llamándonos Orates, y sin embargo, hé aquí la realidad de la vida, fria, descarnada, sin el disfraz de las apariencias, sin la vergüenza del remordimiento. Obramos como debemos, porque queremos, no evitar un mal que existe, sino debilitarle para extinguirle.

RAF. Oh! perdona. Sí haré lo que quieras. Tu voz es el evangelio y harto conozco que me quieres cuando me hablas así.

PEPE. Descansa en mis brazos. Cumpliendo con la conciencia dormiremos con la paz del justo.

RAF. Oh! tus palabras me dan valor.

PEPE. Silencio. Concha se acerca y te dejo á solas con ella; yo voy á hablar á mi mujer.

RAF. Pero...

PEPE. La amaste porque era una flor que se abria al fuego de tus miradas... no amarás á Concha, tierno capullo que aun no ha desplegado su cáliz?

RAF. Calla.

PEPE. Resolucion. Aquí está!

ESCENA VIII.

DICHOS, CONCHA.

CONCHA. Hola, los dos juntos.

RAF. (Esto no es vivir!)

PEPE. Te extraña?

CONCHA. No.—Conocias tú al señor?

PEPE. Es uno de mis mejores amigos.

CONCHA. Sí? (Se llamará mi cuñado Benito?)

PEPE. Por cierto que tiene que hablarte.

CONCHA. Á mí? Ya escucho.

PEPE. Os dejo en libertad. Espero que atenderás su pretension, está muy interesado en ella.

CONCHA. De veras. Qué es?...

PEPE. Rafael te lo contará; hasta luego. (Ap. á Rafael.) Si te acomete el mareo, mira arriba. (Señalando al cielo.)

RAF. Confia en mí. (Ap. á Pepe.)

Concha. (Qué tendrá que decirme?)
Raf. (Es preciso averiguar si Pepe tiene razon.)

ESCENA IX.

CONCHA, RAFAEL.

Concha. Vamos, Rafael, que me tiene usted impaciente. (Cómo le ha crecido el bigote!)
Raf. Sentémonos.
Concha. (Qué será?)
Raf. Empezaré por preguntar una cosa. Somos amigos?
Concha. Yo creo que sí, al ménos por mi parte.
Raf. Tambien por la mia.
Concha. Ay, qué gusto! Pues entónces no hay más que hablar.
Raf. Cómo? (Sonriendo.)
Concha. Qué he dicho yo?
Raf. Nada de particular, solamente *ay que gusto.*
Concha. Vamos, quiere usted ponerme de veinticinco colores.
Raf. Concha, sabe usted bien el valor de las palabras que ha pronunciado?
Concha. Yo lo he dicho sin intencion; se me vino á la boca y zás, la solté. Yo soy muy franca, ántes me era usted insoportable.
Raf. Oh!
Concha. Puede usted creerme. Lo mismo era verle que ver al demonio.
Raf. Já, já, y ahora?
Concha. Ahora es otra cosa. He pensado...
Raf. Que era usted injusta conmigo.
Concha. No; injusta eso no.
Raf. No?
Concha. El injusto era usted.
Raf. Hola!
Concha. (Ya se me fué otra vez la lengua.) Decia...
Raf. Vamos á ver si acierto su intencion.
Concha. Á que no.
Raf. Á que sí.

CONCHA. Qué apostamos!

RAF. Un beso en la mano.

CONCHA. Y si pierdo?

RAF. Perdono la prenda y la pago yo.

CONCHA. Ay Rafael, Rafael! qué fullero se va usted volviendo.

RAF. (Me enamora su gracia.)

CONCHA. (Pues señor, decididamente le sientan bien esas ojeras.) Ya escucho.

RAF. Empiezo. Usted, Conchita... la llamaré Conchita...

CONCHA. Me parece buena idea.

RAF. Sí?

CONCHA. Al grano, al grano.

RAF. Pues decia, que usted me juzgaba en Barcelona con dureza, porque creia que solamente prodigaba mis atenciones á su hermana.

CONCHA. (Ay Dios! voy á pagar prenda!)

RAF. Y tambien porque al ver tributar todos mis obsequios á Manuela, acaso pensaba usted que yo... que yo... la amaba.

CONCHA. Y no era así?

RAF. No.

CONCHA. Gracias á Dios que ha dicho usted una cosa en regla. Voy á buscar á mi hermana.

RAF. Para qué?

CONCHA. Para darla un abrazo.

RAF. (Es un ángel. Tenia Pepe razon.)

CONCHA. (Hoy no hago más que tontunas.) (Reponiéndose.)

RAF. No baje usted los ojos. Déjeme usted leer en ellos.

CONCHA. Son libros acaso?

RAF. Para mí, sí.

CONCHA. Ay Dios mio! buena la hemos hecho!

RAF. Qué?...

CONCHA. Tal vez tendrá usted biblioteca.

RAF. Concha... (Extraña criatura. Á su lado palpita de nuevo mi pecho como en sus mejores dias. Es verdad. En todos los corazones nacen flores como nacen al pie de las tumbas y al borde de los arroyuelos.)

CONCHA. De manera que usted no ama á Manuela?
RAF. Ya lo he dicho.
CONCHA. Pues á quién entónces?
RAF. Acaso es preciso amar?
CONCHA. Yo creo que sí.
RAF. Luego usted tambien...
CONCHA. Ay Dios! qué pregunton. Conteste usted primero.
RAF. Y usted me responderá?
CONCHA. Sí.
RAF. Pues bien, yo... yo... no amo á nadie. (Vacilando.)
CONCHA. Ni yo tampoco. (Decia yo que habia cambiado!...)
RAF. (Qué situacion. Estoy afligiendo á un ángel. Por qué no se podrá tirar la memoria como se tira un traje sucio y roto!) (Pausa.) Llora usted?
CONCHA. No, señor. Es que me pican los ojos.
RAF. Si, ya veo que se ha picado.
CONCHA. Yo...
RAF. Sin motivo alguno.
CONCHA. Muchas gracias. (Le daria de bofetones.)
RAF. Volvemos al enfado antiguo...
CONCHA. Déjeme usted...
RAF. Perdóneme usted, Concha, la he engañado; amo, sí.
CONCHA. Eso es otra cosa.
RAF. Qué dice usted?
CONCHA. Que me alegro. Quién es?...
RAF. Hé ahí el secreto.
CONCHA. No la conozco yo?
RAF. (Es preciso; vida y calma me van en ello.)
CONCHA. No contesta... Comprendo. Alguna coqueta de por ahí, sin corazon...
RAF. Me hace usted un ultraje. No, Concha. El que ama como yo, y ama á una coqueta, pretende lo que el músico que acompaña una tierna melodía con el compás de una galop.
CONCHA. Luego esa mujer...
RAF. Es usted.
CONCHA. Gracias á Dios. . ay, perdon!

RAF. Perdon, de qué? Si para las almas no hay más mundo que el del sentimiento, por qué han de avergonzarse de cumplir su mision? No, Concha. En ese terreno ni hay límites para el hombre ni censuras para la mujer.

CONCHA. Pero hombre de Dios! Por qué ha tardado usted tanto tiempo en decir esta boca es mia? Tengo un gozo, una gana de correr... quisiera estar al lado de mi madre para darla un beso.

RAF. (Hé aquí un reloj de arena. Ella empieza á verter sus ilusiones y yo á depositarlas.)

CONCHA. Y yo que pensaba... ahora puedo confesarlo. Mi repulsion, mi seriedad, todo dimanaba de creer que era usted el amante de Manuela. Si viera usted qué violencia me hacia para no dárselo á entender! Posteriormente, despues de casada con Pepe, doblaba yo para con él mis atenciones porque me inspiraba lástima la idea de que no le perteneciera por completo el cariño de su esposa. Ah! gracias á Dios que puedo respirar sin ver en torno mio sospechas y remordimientos.

RAF. (Esto, esto me iba haciendo falta por momentos!)

ESCENA X.

DICHOS, PEPE, MANUELA.

CONCHA. Ah! Pepe, hermana mia.

PEPE. Pláceme mucho tu contento. (Ap. á Rafael.) He enterado de todo á mi mujer; tiene talento, es honrada y quiere seguir siéndolo.

CONCHA. No sabeis lo que pasa?

PEPE. Qué?

CONCHA. Que Rafael me ama y se va á casar conmigo.

PEPE. Bravísimo, me parece muy buena idea. (Á Manuela.) Y á tí?

MAN. Á mí... lo mismo.

CONCHA. Perdonadme vosotros lo mal pensada que he sido.

MAN. Tú?

Concha. Sí. Creí que Rafael habia sido tu amante.

Man. Y él te ha asegurado...

Concha. Que no hay tal cosa.

Man. Así es.

Concha. Y como dice el refran, que donde hubo fuego cenizas quedaron, ya veia yo á Rafael á tus piés implorando clemencia, á tí otorgándosela, y á mi pobre cuñado arrancándose el bigote... Mira, de buena gana me arrancaria yo las trenzas ahora al ver cómo he tocado el violon.

Pepe. Qué locura. Amar á una mujer casada. Eso no puede ser.

Concha. Claro que no, pero la verdad, como yo le queria, los dedos se me hacian huéspedes; al verle sentia un cosquilleo en el corazon, como si una mariposa le rozara con sus alas, pero al ver que no se quemaba en el fuego que sentia dentro me convencia de mi error.

Man. (Ah! cuanto le ama.)

Pepe. He acertado? (Á Rafael.)

Concha. Ántes no me gustaba su carácter y ahora es tan igualito al mio.

Man. Qué mudanza.

Concha. Es extraño?

Man. No. El corazon de una niña es una nube que toma el color del sol de sus amores.

Raf. (Á Manuela.) No habia otro remedio.

Man. (Á Rafael.) Tiene usted razon y ha obrado bien.

Pepe. Perfectamente; os casareis.

Concha. Oh!

Pepe. Ireis á vivir á Andalucía, segun quiere Rafael.

Raf. Yo...

Pepe. No me has anunciado eso? Allí radican mis bienes, me dijiste.

Raf. Sí tal.

Concha. Andalucía! La tierra de las flores.

Pepe. Nosotros nos marchamos hoy.

Concha. Cómo?

PEPE. Sí. Tu hermana necesita los baños de mar. Tú te irás con tu madre mientras se arreglan los papeles y demas requisitos, y nosotros volveremos el dia de vuestra boda.

RAF. Ah! muy bien.

CONCHA. Pues corra usted, corra usted á gestionar. (Á Rafael.)

PEPE. No hay que apresurarse.

CONCHA. Cómo que no? Ya se conoce que no pides para tu ermita.

PEPE. (Á Rafael.) Ves mi sistema? Llévatela pronto, que ya se va enfadando conmigo. (Ap. á Manuela.) Lloras?

MAN. De gratitud.

PEPE. Ah! Lo temia.

MAN. Qué?...

PEPE. Las buenas obras no deben inspirar más que eso.

MAN. Injusto; no ves que tambien sonrio.

PEPE. Y qué?

MAN. Las lágrimas son el lenguaje de la gratitud; las sonrisas la expresion del amor.

PEPE. Me amas pues?

MAN. Cómo te lo he de decir?

PEPE. Oh! gracias, Dios mio. Sólo te pido una merced más. Haz que arraiguen en nuestro pecho las tiernas y jugosas plantas que en él hemos depositado para que ricas de savia y pródigas de fruto nos hagan sombra y den alimento... que es empresa de sumo cuidado y éxito dudoso... el trasplantar bien una flor!...

FIN DE LA COMEDIA.

ERÍA DE ANTONINO ROMERO

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA
CA Y DIPLOMÁTICA
sde la independencia
dos Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)
POR
JERÓNIMO BECKER

que acaba de ponerse á la venta, mplio y fiel extracto los principales ina con imparcialidad la historia a sus defectos y expone con minu- lo referente á las relaciones exte- ña, siendo, por tanto, de gran inte- er de un modo exacto el aspecto la cuestión cubana.
4.°, 642 páginas, 8 pesetas.

ECOPILACIÓN
DE LAS
LOS REINOS DE LAS INDIAS
ladas imprimir y publicar
POR
D CATOLICA DEL REY CARLOS II

ón, corregida y aprobada por la del Tribunal Supremo de Justicia, ón de la Regencia provisional del

s en folio, 50 pesetas.

FILOS ESPAÑOLES

mpleta de todos los tomos publi- sociedad, de que se hallan la ma- idos.
los 38 tomos en 4.°—Precio, 900

y tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA
DEL REAL
MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO
DE
SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.° en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO
DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.° mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN
Tratado completo de Cocina
AL ALCANCE DE TODOS
Y
APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.
Un tomo en 4.° de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.